

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

 Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »
 Extranjero . . . 1'50 »

26 de Julio

Las campanas de las iglesias doblarán hoy á duelo. Y en los altares, los sacerdotes del Cristo elevarán voces litúrgicas pidiendo la salvación eterna de los caídos en la revolución de 1909. Pedirán clemencia, pero no para todos. Pedirán celestial clemencia, pero solamente para aquellos que tenían alma, para los que murieron defendiendo la inflamante cruz, la vil cruz, el instrumento inicuo de muerte que los romanos utilizaban para castigo de delinquentes y enemigos del orden.

Para los otros, para los sin alma, para los que cayeron sabiendo que eran materia y materia seguirían siendo, para esos no habrá ni rezos, ni misas, ni dobles de campanas.

Y en tanto que las almas de los unos se regocijarán allá en las oscuridades del purgatorio ó en las tenebrosidades del infierno al sentir las súplicas místicas que por su salvación se elevan al Altísimo en iglesias y capillas, la materia de los nuestros, inconsciente á buen seguro de lo que hizo y fué anteriormente, vivirá placentera la vida eterna de renovación y cambio, entre dianas matutinas y cantos crepusculares.

La luz y la sombra en sus gradaciones infinitas acompañarán la evolución de aquellos cuerpos, que en su forma humana quisieron ser libres, sin tener otra sujeción que la de las leyes universales de la naturaleza.

Y nosotros, en vez de pedir nada por ellos, en vez de hacer rogativas al imposible y por lo imposible, nos concretamos á recordarlos, á recordarlos juntamente con todos los que por sus luchas dejaron en nuestra mente indeleble memoria y á recordarlos únicamente para tenerlos como ejemplo y como tal presentarlos á las multitudes, para que inspirados en su proceder en trances parecidos, sepamos como ellos morir por la libertad y el bienestar.

¡Salud!—les decimos hoy,—¡salud materia gloriosa, que gestas ideas y vives eternamente, infinitamente, en esos dos infinitos que son el espacio y el tiempo!

En el segundo aniversario

Las llamas eleváronse cual de enormes piras de sacrificio, en ofrenda de purificación, en tanto que la humareda, densa y negra, ceraiase sobre la ciudad corriendo ora á un lado, ora á otro á impulso de los vientos, como enorme bandada de rapiñeras aves que asustadas por la inopinada presencia del cazador abandonara la carroña y buscaba desde lo alto la ausencia del enemigo para volver á posarse sobre la putrefacta presa.

Dijérase que algún nuevo Nerón había querido darse el placer de contemplar el emocionante espectáculo de una gran ciudad ardiendo...

Y como en el caso del histórico emperador romano, á quien el cristianismo triunfante achacara el incendio de Roma—no sabemos con que certitud y verdad—también después del incendio, en Barcelona, se condenó á los incendiarios—ciertos ó no, que á estar á lo dicho en el parlamento español de todo hubo—como en Roma se condenó á los cristianos, autores del trágico espectáculo, según Nerón y los dominadores de la época.

Sin embargo, y aunque un incendio evoque en la memoria el otro, entre ambos existe enorme diferencia.

Obra de Nerón ó de los creyentes en Cristo, el legendario se produjo por sorpresa. Las llamas lamían los muros de las casas sin que sus moradores se apercibieran hasta que el resplandor hería al través de los párpados las pupilas, el calor hacía intolerable el lecho y el humo dificultaba la respiración rítmica y sosegada del sueño.

Obra de un loco ó de desheredados inflamados de odio al lujo y al culto de la vida y la carne, fué obra silenciosa, obra tramada en las sombras, con el sigilo de quienes temen la responsabilidad moral y material de su acción, que si su conciencia aprueba la de los demás habría de reprochar y castigar.

El incendio de Barcelona fué hecho en pleno día, en franca lucha, batiéndose los incendiarios con los representantes de la autoridad y los defensores interesados de ella.

Ni cobardía moral, ni rehusión de responsabilidades.

La vida por una llamada.

Y algo más de extraño hubo en aquella semana de revuelta.

Los cristianos, los hombres de Cristo, los descendientes directos de aquellos que en la Roma de los Césares eran sacrificados en los circos por los leones de Africa, los secuaces de aquel que dijo: «si te pegan en una mejilla pon la otra», defendiéronse á tiros de los incendiarios.

Ya no eran, no son, los humildes seguidores del crucificado, del que pedía al

Señor que perdonara á sus verdugos que no sabían lo que se hacían.

Ya no eran, no son, aquellos humildes mártires cuyas efigies se adoran en los templos católicos, que ofrendaban sus vidas por no querer siquiera renegar del hombre de Galilea, ni adorar á los dioses paganos, á los dioses de sus propios padres, á los dioses que habían sido de ellos mismos en su infancia y hasta en casi su vejez.

Ni se resistían, ni se quejaban. En Barcelona se resistieron primero; se vengaron después; se quejaron y se quejan y se prepararon y preparan para resistir

la vida se les hacía pesada, todo un sufrimiento, una vejación continua, un dolor ininterrumpido.

Los cristianos de hoy, son autoridad, son propietarios, tienen mando y riquezas. La vida les es grata, placentera y vale la pena vivirla. Correspóndeles, pues, defender lo que se las hace amenas: su propiedad y su mando.

De ahí los tiros de los frailes de los conventos.

De ahí las amenazas de Vázquez Mella y de todos los clericales de España.

Su moral es hoy otra, porque han cam-

A quienes hoy los atacan, los reciben á balazos, los encarcelan, los juzgan, los condenan...

«No juzgueis sino quereis ser juzgados...»

«El que no tenga pecados, que tire la primera piedra...»

«Sólo es justo, Dios nuestro señor que está en los cielos...»

Estamos simplemente constatando un hecho.

Ni es queja ésta, ni censura.

Tanto valdría quejarnos y censurar á la tierra por sus terremotos y catástrofes.

cómo y por qué los unos disponen á su antojo de los otros.

Pierden el tiempo quienes hacen de la moral un arma. Con la moral no se transforma nadie, ni el que en nuestras mismas filas por una ó otra causa es lo menos moral posible.

Con la ilustración, en cambio, se va lejos.

Hacer saber; he ahí todo.

Y que las gentes saben, nos lo está cantando á gritos aquella revuelta de hace dos años.

Las gentes sabían que allá en el Rif, corrían peligro de muerte, y peligro por peligro optaron correrlo aquí.

Las gentes sabían que los conventos eran monopolios, centros industriales que hacían competencia ruinosa al trabajo no conventual, y asaltaron los conventos.

Las gentes sabían que el parasitismo mayor del país residía en los conventos y contra él fueron, como podrán ir cuando se cansen del parasitismo patronal y estatal, contra patronos y estado.

Las gentes sabían que los hombres de los conventos no iban á la guerra, en tanto que millares de proletarios tenían que hacerlo dejando desamparados y en la mayor miseria á sus familias, y fueron contra los hombres de los conventos.

Movimiento sin directores, libre de órdenes emanadas de aquí ó de allá, se produjo con la espontaneidad propia de los hombres que han llegado á tener conocimientos, ideas propias.

Y de nada sirven tales ó cuales premisas morales, cuando los hombres se sienten azudados por necesidades vitales y tienen conocimiento suficiente para darse cuenta de ellas, de cómo y por qué se encuentran en tal estado y de qué manera pueden salir de él.

Esta es la verdadera moral de los sucesos de hace dos años.

LAS REVOLUCIONES

Hoy recordando el sacudimiento popular de 1909, contra la guerra del Rif, surgen ante nosotros, como espectros, todos los acontecimientos que han hecho evolucionar al mundo hacia una nueva sociedad en armonía con las leyes naturales, para integrar al hombre con las fuerzas de la Naturaleza. Y es que todas las revoluciones son originadas por causas económicas, políticas y morales... Así la Revolución cristiana; así la Revolución francesa; y así todas las demás revoluciones desde la budhista hasta la llamada de julio de 1909.

Toda revolución tiene su origen en otra revolución. En pleno imperio pagano surgió la Revolución cristiana imponiendo una moral nueva ante el desbarajuste en que vivía la Grecia y la Roma; pero esta revolución arranca de la Revolución budhista que dejara abierta una gran válvula por no haber cumplido toda su misión, cual era la de proclamar el derecho de todos los hombres á la tierra, á la libertad y á la vida... La Revolución cristiana tuvo un origen económico-moral y por obra de los apóstoles se transformó en un movimiento religioso dominador del mundo. Pero en cuanto el cristianismo edificaba su nuevo edificio dentro de sus mismas murallas se guarecían los apóstoles de una nueva era.

Después del triunfo del cristianismo todo individuo que se sentía filósofo ó poeta se hacía fraile con el propósito de por medio del arte, de la pintura, de la arquitectura y de la escultura exteriorizar todas las ideas nuevas producto de aquella revolución.

Esta revolución intelectual dió sus resultados más tarde. De esa revolución surgió Guttemberg, quien con el invento de la imprenta abrió nuevos horizontes al pensamiento humano... Así surgieron los filósofos y astrónomos: Juan Huss, proclamando la libertad del pensamiento; Copérnico, demostrando con *La Revolución del sistema solar* el origen de la Tierra y de los demás planetas, y Giordano Bruno, afirmando con *La pluralidad de los mundos* la existencia de los demás planetas de que se compone el Universo.

Trás esta revolución, la más grande que se conoce, surgieron los albores de un nuevo mundo, que tuvo su iniciación en los levantamientos de los campesinos contra los obispos y terminó con el triunfo de la Revolución francesa, que proclamó los Derechos del Hombre é inició un nuevo período revolucionario, el social, que hará á los hombres enteramente libres, dueños de sus vidas, haciendas y conciencias.

La Revolución cristiana, que de social se transformó en religiosa, fué la precursora de la Revolución francesa, que fué todo un movimiento jurídico-político, y ésta preparó los materiales de la gran Revolución social, que liberará al género humano de todas las opresiones y tiranías.

Actualmente se está operando todo un movimiento revolucionario del que ha sido iniciadora *La Internacional*, aprovechándose de los materiales de las revoluciones



Atiña comprime su furor ante la majestuosa solidaridad obrera

mejor á los incendiarios que en el futuro pudieran surgir.

Uno de los suyos, portavoz de todos ellos, el pregonero por excelencia del cristianismo, lo ha dicho recientemente de modo tan público y resonante como de afirmativa manera: «Si se repitieran los sucesos de julio de 1909, el gobierno puede estar tranquilo y cruzarse de brazos; nosotros acabaremos con radicales y antimilitaristas.»

«Si te abofetearen en la mejilla derecha...»

¡Ah! Los cristianos son otros.

Los cristianos de hoy no son ya aquellos miserables hambrientos, sarnosos, leproso-

biado de posición social, política y económica.

Desde que los cristianos llegaron al predominio, hicieron sentir su influencia, abandonando la prédica, el ejemplo, la miseria, la predisposición al martirio, su mansedumbre evangélica.

Las heregías, sus disensiones, las terminaban exterminando á los supuestos heréticos.

A los hombres de otras religiones los persiguieron con saña.

A los simplemente sospechosos de poco creyentes, los asaron vivos ó muertos, ó en efigie cuando de los otros modos no podían hacerlo.

Hacen bien en defenderse esos bravos hijos de Jesús.

Hacen bien en ser ricos desde que hay pobres que les proporcionan riquezas.

Hacen bien en mandar desde que hay quienes gustosamente les obedecen.

La moral de los pobres, de los sometidos, de los explotados, de los miserables, no es ni puede ser la de los enriquecidos, la de los dominadores, la de los explotadores, la de los poderosos.

Y nosotros tenemos confianza, una confianza ilimitada en el choque permanente de esas dos morales, máxime estando como está la de los desposeídos reforzada por el conocimiento, por la inteligencia, por saber